

MEMORIAS IMPACTADAS

SILVIO JOSE RUIZ ¹
 PRAXEDES ARISTIZABAL ²
 REINER MORALES ³
 JAIRO LONDOÑO ⁴

Transitar por las calle una ciudad, es caminar por los espacios humanos. Ella ha sido la generadora de simbolismos que la misma vida obliga a crear, a leer, a entender, a utilizar si se desea sobrevivir.

pasos; que leer sus simbolismos es entendernos como personas; que defender su memoria es perpetuar nuestra presencia; que respetar sus lenguajes es conservar un idioma particular.

Este asentamiento humano de gentes diversas que transitan las calles del sector muy pronto verán alterada su cotidianidad: hombres y mujeres de extracción popular -en su gran mayoría- que miran a lo lejos como

Qué bueno, pensamos como educadores, que en las bancas escolares se le enseñara al niño de primeras letras, la ciudad como un espacio grato, como el hogar donde todos debemos convivir, como un espacio donde la cultura y la educación están en cada calle, en cada rincón, en cada persona... que ella nos está enseñando cada día y cada vez. Que hay que saberla leer, saberla entender.

Conocer la ciudad es conocernos nosotros mismos; que andar sus calles es caminar nuestros propios



¹ Profesor T.C. Departamento de Tecnología Educativa Universidad del Quindío.

² Catedrática Departamento de Tecnología Educativa Universidad del Quindío.

³ Profesor T.C. Departamento de Tecnología Educativa Universidad del Quindío.

⁴ Profesor T.C. Departamento de Tecnología Educativa Universidad del Quindío.

buscando una respuesta, verán surgir y desaparecer elementos: unos desconocidos en su proximidad y, otros tan suyos como el aire que respiran. Parece como si su cotidianidad se viera alterada y debieran, en consecuencia, buscar la razón.

El «loco», personaje enterado y documentado de los acontecimientos que variarán la vida en su barrio, en sus calles, en sus espacios, en sus memorias sale literalmente al encuentro. Plano en mano, saluda e indaga por la presencia de quienes exploran, miran, observan y registran con sus aparatos lo primero que la mirada permite percibir.

La «once», es punto de memoria muy centralizado en la vida (pasado, presente y futuro) de estas gentes. Es como esa calle de antaño de que habla Italo Calvino para



referirse a la memoria de la ciudad, donde los pasos de las gentes sencillas reviven, en cada relato entusiasmado, vívido y rico en lecturas personales y comunitarias; nuevamente aparecen sus juegos, cantos, lugares de encuentro, tránsitos,

memoria histórica, cotidianidad y los lenguajes que hablan de ello.

Rememorando, en particular la matrona del sector, evoca cómo era su sitio. Cómo se desenvolvía su vida, «cierta vez -dice- un bandido se

metió furtivo en el solar. Salí y le increpé: «Alto o disparo!», a continuación acota «me gustan más las armas que el pan ...». Viene a su memoria cómo se asistía a lugares comunes y a eventos de encuentro. Mira con ojos cansados de ver, pero brillantes por el recuerdo que brota en el relato: esta calle era transitada por hombres y bestias cansados de caminar y caminar por las cañadas, por las faldas de las lomas y el borde de los ríos que eran sus caminos naturales; aquel barranco - dice y señala- era sitio obligado de reuniones de los muchachos quienes se recreaban con juegos sanos - termina esta anciana de andar cansado pero de memoria prodigiosa-.

Más allá, no muy lejos en Rincón Santo -su nombre debido a la presencia de los «hombres santos» que en su paso por Armenia reposaban de sus largas jornadas- otros vecinos se arremolinan para

escuchar de qué se trata. Uno de ellos, un educador, agente cultural por excelencia, que trabaja en un municipio vecino, dice: «Si creo en la bondad de este proyecto -se refiere al «Anillo Vial»-. Será la manera de mejorar estas casas viejas y redimir este sector ...»; y, a su vez, replica e interroga una mujer que sube jadeante y que se aproxima por unas escaleras que ya se pierden por el constante tránsito y por lo frágil de sus escalones (labrados en el mismo barranco) «Sí, claro siempre y cuando nos dejen aquí y no nos desalojen.... Esto es muy central. Y, si nos mandan a las afueras de la ciudad, qué haremos?».

Arriba de la cañada (sector indicado en el trazo de los planos) están unos niños que miran y, a lo mejor, se inquietan por algo que los «doctores» dicen que van a hacer. Uno de ellos se anima a preguntar y, a la vez, a reclamar: «No tienen otra

idea? ...Acabarán con nuestra cancha de fútbol!».

La imagen topológica se alterará aún más. Y la memoria se perderá con cada metro de tierra movida.

El sitio denominado como «La Cejita», lugar de confluencia de varias vías y hoy sitio de un altísimo flujo vehicular, ya se encuentra demolido en un alto porcentaje. Esa casona de la esquina, fea y deteriorada por los años desapareció y con ella la memoria de hechos cumplidos. El edificio donde funcionó la clínica, está mostrando sus estructuras, como esqueleto que ha perdido sus tejidos blandos. La loma que antecede a la vieja y abandonada estación del ferrocarril correrá con igual suerte, para desaparecer en el polvo de una tierra convertida por arte y gracia de la irrupción de la modernidad, en una ciudad

en tránsito. Tránsito que como todo cambio produce serias alteraciones: impacto que alterará la red social (amigos, vecinos, familiares) dispersa fuera de ese «marco vial central», por la incorporación de la ciudad a los avances y cambios en todo sentido.

La Imagen arquitectónica o patrimonial se pierde como un fantasma que estuvo, pero ya no está. Memoria guardada en álbumes del recuerdo.

Las formas de casonas o «ranchos viejos», frase muy utilizada casi como un insulto a estas casas que se han resistido a desaparecer, ya no son tan definidas. Se altera su figura de casas de la «cultura cafetera de la colonización antioqueña» que se veían muy luminosas por sus coloridos, con sus espacios amplios y generosos y, en su sitio, se ubican otras con trazos rectos y uniformes

que enseñan tímidamente la modernidad. Este acelerado y violento proceso de modernización comenzó a alejar el espacio urbano de la memoria de sus actores sociales y la ciudad se vuelve ajena a los significados de la comunidad. Muchas cosas, muchos recuerdos se borrarán. Muchas personas se deberán ir de sus lugares de origen, donde nacieron, donde está el recuerdo de sus abuelos, donde formaron sus hijos y donde desean morir -al decir de uno de los lugareños-

La imagen de la memoria.

Como bien se observa las casas de bahareque tienen una cara diferente a su interior. Algunas conservan sus coloridos algo perdidos por el tiempo; otras dejan ver en sus cicatrices la esterilla que le sirve de soporte y los pañetes que se

pegan para no caer; algunas, como la casita esquinera dejan translucir la vieja fonda que pudo ser y que, hoy sigue enclavada con terquedad en ese sitio de confluencia al camino viejo de los arrieros y al de ahora: el camino a la invasión que aparece como un lunar en el verde de la ladera que desciende a la quebrada «La Florida». Todavía se siente ese olor a naturaleza, a árboles y maleza que en invierno se vuelve más fuerte.

Proyectar el pasado y la tradición hacia adelante.

Lo cierto es que muchas manifestaciones culturales que la comunidad tiene, han desaparecido y aquellas que se resisten a hacerlo no estructuran un proyecto cultural para el porvenir y esa orfandad de perspectivas los hace muy vulnerables a

los embates de los acomodados a la modernidad. Dice mucho que la memoria de esos tiempos idos no vincula históricamente a todos con los mismos valores. En algunos ciudadanos que relatan, recuerdan, reconstruyen se traduce en preocupación por conservar ese pasado en su hábitat, uno de ellos se pregunta «por qué no nos dejan lucir nuestras casas con sus mejores colores y sus mejores materiales -se refiere a la guadua-?»; otros, indiferentes con lo que acontece siguen su rutina de vida. Esta calle era sin pavimentar... En épocas de celebración las familias compartían sus meriendas, sus historias y sus tiempos. Se acudía a la calle de «el chispero» -así denominada por los puestos de frituras y fogones de carbón- que dejaban volar al viento como estrellitas de color amarillo brillante sus chispas de fuego y sus olores.

Las manifestaciones culturales se diluyen como la neblina que en época de invierno recibe el nuevo día y va cediendo el paso al sol mañanero. Nuevos valores que no estaban, comienzan a hacer presencia y alterar la cotidianidad de sus moradores: la solidaridad se

antepone a la individualidad; la opinión comienza a ser aceptada y reconocida; las ideas aparecen y desaparecen como fantasmas que dejan ese inquietante interrogante. La ciudad que ellos imaginaron y que se les fue formando en su alrededor está



desapareciendo, pero al mismo tiempo surge otra forma de ciudad con el trepidar de motores, con la afluencia veloz de gentes aceleradas; la ciudad está creciendo: su tamaño, su forma, su desarticulación estructural, su futuro incierto está tocando con fuerza a esta comunidad ubicada en el marco vial como figura que debe reacomodar su vida si quiere armonizar con ese cuadro.

Conocer el pasado donde se cimentó el presente que lo hará con el futuro, es defender la memoria del olvido. Estos espacios, estos lugares, estos usos y estas memorias llevan a sentir una preocupación hacia las personas que sufrirán en bien o mal esos cambios.

Cambios que alterarán la vida cotidiana de los ciudadanos, y que de alguna manera ya lo están haciendo.

Una memoria que se puede olvidar, sino se registra.

Pasar una y otra vez y observar los colores, las formas, los sitios, el caminar relativamente tranquilo de sus gentes, los cambios que ya se están sucediendo es percibir la palpitante vida de un sector de la ciudad que, de alguna manera, refleja al resto de la zona urbana. Pero, sí es posible preservar y fijar para la posteridad su memoria: sus gentes, sus hechos, sus momentos, sus caminos, sus historias, sus casas de amplios y generosos espacios de luz y aire, sus lugares de encuentro seguros y acogedores, pueden llegar a ser fuentes documentales más creíbles que los propios documentos.

Así la ciudad responda al futuro, no existirá registro del pasado que es la base de cualquier presente.

FUENTES DE CONSULTA

BALAUNDE M., Pedro. «La memoria de los fragmentos urbanos». En: Memorias del Seminario-Taller.COLCUTURA, junio, 1994. Bogotá. pgs. 51-58

BARROS VELEZ, Enrique y DELGADO, Jorge. «La memoria del olvido». En: revista Integración, pgs. 12-14

BARROS, Enrique. «Reacción al modernismo, nuevas arquitecturas». En: revista Integración, pgs. 26-27

CODIGO DE URBANISMO, CONSTRUCCION Y USOS DEL SUELO DEL MUNICIPIO DE ARMENIA. Acuerdo No. 13 de 1993.

CONCEJO MUNICIPAL ARMENIA. Acuerdo número 16, diciembre de 1992.

FUDESCO. Registro en album fotográfico de sitios y hechos de Armenia.

LEON GOMEZ, Gloria. «La ciudad como bien cultural». En: Nueva Frontera, pgs. 15-24, Febrero, de 1990

MEMORIAS RECOPIADAS. Visitas (entrevista abierta y observación), tomas fotográficas y de video a los sitios de recorrido del Marco Vial Central (Anillo Vial), de Abril 8 a Mayo 5 de 1995.

PLANOS: Municipio de Armenia y trazado del Marco Vial Central y de la Malla Vial. 1991.

VIVIESCAS, Fernando. «La cultura de la ciudad y sus obstáculos en Colombia». En: revista Foro, 1990, pgs. 82-88

RECOPIACION: Entrevistas a funcionarios de planeación municipal y del plan vial-Uniquindío.